

# LIBERTAD

1. La libertad de los hijos de Dios. Entrega.
2. Libertad de las conciencias.
3. El pecado oprime y hace esclavos.
4. Jesucristo nos ha ganado la verdadera libertad.
5. Libertad y Voluntad de Dios.

\*\*\*

## 1. La libertad de los hijos de Dios. Entrega

No es pequeño fruto el desprecio de la gloria humana; y es entonces cuando uno está libre del yugo de los hombres (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en *Catena Aurea*, vol. I, p. 380).

Si estáis inclinados a la avaricia, pensad con frecuencia en la locura de este pecado, que nos hace esclavos de lo que ha sido creado para servirnos; pensad que a la muerte, en todo caso, será menester perderlo todo, dejándoselo a quien tal vez lo malversará o se servirá de ello para su ruina y perdición (SAN FRANCISCO DE SALES, *Introd. a la vida devota*, IV, 10).

Eres, al mismo tiempo, siervo y libre; siervo, porque fuiste hecho; libre, porque eres amado de Aquel que te hizo, y también porque amas a tu Hacedor (SAN AGUSTIN, *Coment. sobre el Salmo 99*, 7).

El afirmar que estos enemigos se oponen a nuestro progreso, lo decimos solamente en cuanto nos mueven al mal, no que creamos que nos determinen efectivamente a él.

Por lo demás, ningún hombre podría en absoluto evitar cualquier pecado, si tuvieran tanto poder para vencernos como lo tienen para tentarnos. Si por una parte es verdad que tienen el poder de incitarnos al mal, por otra es también cierto que se nos ha dado a nosotros la fuerza de rechazar sus sugerencias y la libertad de consentir en ellas. Pero si su poder y sus ataques engendran en nosotros el temor, no perdamos de vista que contamos con la protección y la ayuda del Señor.

Su gracia combate a nuestro favor con un poder incomparablemente superior al de toda esa multitud de adversarios que nos acosan. Dios no se limita únicamente a inspirarnos el bien. Nos secunda y nos empuja a cumplirlo. Y más de una vez, sin percatarnos de ello y a pesar nuestro, nos atrae a la salvación. Es, pues, un hecho cierto que el demonio no puede seducir a nadie, si no es a aquel que libremente

le presta el consentimiento de su voluntad (CASIANO, Colaciones, 7, 8).

[...] cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de ese amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 30).

## **2. Libertad de las conciencias**

[...] los cristianos, comportándose sabiamente con aquellos que no tienen fe, esfuércense por difundir en el Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabras de verdad (2 Cor 6, 6-7), la luz de la vida con toda confianza y fortaleza apostólica, incluso hasta el derramamiento de la sangre (CONC. VAT. II, Decl. Dignitatis humanae, 14).

Es un crimen de irreligión arrebatarse a los hombres la libertad de religión y prohibirles que elijan divinidad, es decir, no permitirme adorar a quien yo quiero adorar y forzarme a adorar a quien yo no quiero adorar [...]. Bien es cierto que Dios es de todos los hombres, queramos o no queramos, y a El pertenecemos todos. Pero entre vosotros está permitido adorarlo todo, menos al Dios verdadero [...] (TERTULIANO, Apologético, 24, 6 y 10).

Es uno de los capítulos principales de la doctrina católica [...], que el hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios, y que, por tanto, nadie debe ser forzado a abrazar la fe contra su voluntad (CONC. VAT. II, Decl. Dignitatis humanae, 10).

Hay que respetar las legítimas ansias de verdad: el hombre tiene obligación grave de buscar al Señor, de conocerle y de adorarlo, pero nadie en la tierra debe permitirse imponer al prójimo la práctica de una fe de la que carece; lo mismo que nadie puede arrogarse el derecho de hacer daño al que la ha recibido de Dios (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 32).

Está [...] en total acuerdo con la índole de la fe el excluir cualquier género de coacción por parte de los hombres en materia religiosa. Y por ello, el régimen de libertad religiosa contribuye no poco a fomentar aquel estado de cosas en el que los hombres puedan ser invitados a la fe cristiana, abrazarla por su propia determinación y profesarla activamente en toda la ordenación de la vida (CONC. VAT. II, Decl. Dignitatis humanae, 10).

### **3. El pecado oprime y hace esclavos**

No fuimos creados para la muerte, sino que morimos por nuestra culpa. La libertad nos perdió; esclavos quedamos los que éramos libres; por el pecado fuimos vencidos. Nada malo fue hecho por Dios, fuimos nosotros los que produjimos la maldad. Pero los que la produjimos somos también capaces de rechazarla (TACIANO, Discursos contra los griegos, 11).

Responder que no a Dios, rechazar ese principio de felicidad nueva y definitiva, ha quedado en manos de la criatura. Pero si obra así, deja de ser hijo para convertirse en esclavo (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 34).

Ya en esta vida servir a Dios es reinar. Cuando Dios libra al hombre del pecado que lo hace esclavo, lo desembaraza de toda servidumbre y lo establece en la verdadera libertad. De otro modo el hombre va siempre de deseo en deseo sin calmarse jamás. Cuanto más tiene más querrá; tratando de buscar satisfacción nunca está contento. En efecto, el que tiene un deseo está poseído por él; se vende a lo que ama; buscando la libertad, siguiendo sus apetitos con ofensa de Dios, se hace esclavo del demonio para siempre (SANTA CATALINA DE GÉNOVA, Le libre arbitre, 1. c., p. I IO-111).

No pienses que aquellas hazañas son meros hechos pasados y que nada tienen que ver contigo, que los escuchas ahora: en ti se realiza su místico significado. En efecto, tú, que acabas de abandonar las tinieblas de la idolatría y deseas ser instruido en la ley divina, eres como si acabaras de salir de la esclavitud de Egipto (ORIGENES. Hom. sobre el libro de Josué, 4, 1).

La primera libertad es carecer de pecados (SAN AGUSTIN, Trat. Evang. S. Juan, 41, 8).

¿Qué muerte más funesta para el alma como la libertad de errar? (SAN AGUSTIN, Epístola 105, 10).

### **4. Jesucristo nos ha ganado la verdadera libertad**

Jesucristo mismo, cuando compareció como prisionero ante el tribunal de Pilatos y fue preguntado por él acerca de la acusación hecha contra él por los representantes del Sanedrín, ¿no respondió acaso: Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad? (Jn 18, 37). Con estas palabras, pronunciadas ante el juez en el momento decisivo, era como si confirmase, una vez más, la

frase ya dicha anteriormente: Conoced la verdad y la verdad os hará libres (JUAN PABLO II, Enc. Redemptor hominis, 12).

Rechazad el engaño de los que se conforman con un triste vocerío: ¡libertad, libertad! Muchas veces, en ese mismo clamor se esconde una trágica servidumbre: porque la elección que prefiere el error, no libera; el único que libera es Cristo (cfr. Gal 4, 31), ya que sólo El es el Camino, la Verdad y la Vida (cfr. Jn 14, 6) (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 26).

Que Dios te conquiste y ya eres libre (SAN AGUSTIN, Trat. Evang. S. Juan, 41, 10).

Cristo mismo vincula de modo particular la liberación con el conocimiento de la verdad: Conoceréis la verdad, y la verdad os libraré (Jn 8, 32). Esta frase atestigua sobre todo el significado íntimo de la libertad por la que Cristo nos libera. Liberación significa transformación interior del hombre, que es consecuencia del conocimiento de la verdad. La transformación es, pues, un proceso espiritual en el que el hombre madura en justicia y santidad verdaderas en los diversos ámbitos de la vida social (JUAN PABLO II, Audiencia general, 21 -II-79).

## **5. Libertad y Voluntad de Dios**

Dios, queriendo que ángeles y hombres siguieran la voluntad de El, determinó crearlos libres para practicar el bien, dotados de razón para conocer de dónde vienen y a quién deben el ser que antes no tenían; y les impuso una ley por la que han de ser juzgados, si no obran conforme a la recta razón (SAN JUSTINO, Diálogo con Trifón, 141, 1).

Nuestra Madre escucha, y pregunta para comprender mejor lo que el Señor le pide; luego, la respuesta firme: fiat (Lc 1, 38) -¡hágase en mí según tu palabra!-, el fruto de la mejor libertad: la de decidirse por Dios (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 25).

Pero como nadie será salvado contra su voluntad (pues somos libres), desea que nosotros queramos el bien (SAN JERÓNIMO, Coment. sobre la Epíst. a los Efesios, 1, 1, 11).

El conocimiento de los secretos del reino de los cielos es puro don de Dios y gracia concedida de lo alto. Sin embargo, no por ser don, Dios suprime la libertad (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 45).

